



LAS OLIMPIADAS REPROGRAMADAS

En un mundo dividido entre oriente y occidente, derecha e izquierda, conservador y progresista, religioso e irreligioso, los Juegos Olímpicos nos recuerdan que somos una raza, capaces de celebrar conjuntamente la habilidad y la resistencia humana. Con un año de retraso debido a COVID, los Juegos Olímpicos de Tokio de este verano han sido una mezcla de entusiasmo y escepticismo. Thomas Bach, presidente del Comité Olímpico Internacional (COI), al anunciar en marzo de 2020 el aplazamiento, le puso la mejor cara: “La humanidad se encuentra actualmente en un túnel oscuro. Estos Juegos Olímpicos de Tokio 2020 pueden ser una luz al final de este túnel”. Para cuando leas esto, ¡lo sabremos! Independientemente, su historia sugiere que los juegos pueden durar más que COVID.

LAS OLIMPIADAS ANTIGUAS

Los primeros Juegos Olímpicos nos remontan al menos hasta el 776 a. C., a Olimpia, en la costa de la península del Peloponeso. Los griegos creían que los Juegos Olímpicos fueron fundados por Heracles, hijo de Zeus, y la mujer mortal Alcmena, en honor a Zeus, el mayor dios del panteón griego.

Los Juegos Olímpicos comenzaron como un solo evento, una carrera de doscientas yardas. El estadio, como se le conoció, fue ganado por un cocinero, Coroebus de Elis. En ese momento, solo los hombres, ciudadanos varones nacidos libres de Grecia, podían competir. A las mujeres casadas se les prohibió asistir. Sin embargo, los Juegos Olímpicos comenzaron a expandirse cuando los guerreros espartanos entraron en la 18ª Olimpiada, extendiendo sus eventos a la lucha libre y el Pentatlón (carrera a pie, salto de longitud, disco, jabalina y lucha). Poco a poco, los Juegos Olímpicos se convirtieron en un evento de cinco días y se convirtieron en el festival deportivo griego más famoso. Con una duración del 6 de agosto al 19 de septiembre, se realizó cada cuatro años.

Los romanos se apoderaron de los Juegos Olímpicos de los griegos, pero bajo su supervisión, su calidad se deterioró. En una Olimpiada, el emperador Nerón participó en la carrera de carros, declarándose ganador a pesar de que se había caído de

su carro. Sin embargo, junto con la creciente decadencia de Roma, estaba surgiendo la influencia del cristianismo. En el siglo IV, el cristianismo no solo fue reconocido, sino que se convirtió en la fe oficial del imperio. Así, en el 393 d.C., el emperador Teodosio I, un cristiano profesante, abolió los Juegos Olímpicos debido a su asociación con el paganismo. Sin embargo, esto no significa que los cristianos se opongan al deporte.

LAS OLIMPIADAS MODERNAS

Los Juegos Olímpicos no fueron revividos durante mil quinientos años. Sin embargo, un joven barón francés, Pierre de Coubertin (1863–1937), dedicado a la educación física, después de haber visitado el antiguo sitio de Olympas, comenzó a promover un nuevo comienzo (Foto: Britannica.com).



En 1894 se formó el COI. Los primeros Juegos Olímpicos modernos se celebraron, significativamente, en Atenas en 1896. Los espectadores fueron 60.000 y los atletas (todos hombres) 280, que representan a 12 naciones en 43 eventos. Para los Juegos Olímpicos de Amberes de 1920 se había creado una bandera oficial con fondo blanco y cinco aros que representaban los continentes de América del Norte y del Sur, Asia, África, Europa y Australia. Los Juegos Olímpicos modernos continuaron la tradición de reunirse cada cuatro años, aunque las Guerras Mundiales prohibieron su reunión en 1916, y en 1940 y 1944.

LOS PARALIMPIOS

Ningún desarrollo encapsula mejor el espíritu olímpico que los Juegos Paralímpicos. Los Juegos Olímpicos de Londres de 1948 fueron importantes no solo porque reiniciaron los juegos después de la Segunda Guerra Mundial, sino porque el neurólogo Dr. Ludwig Guttmann organizó los juegos de los veteranos de guerra heridos en el Hospital Stoke Mandeville en Aylesbury, Inglaterra. Paralelamente a los Juegos Olímpicos, desde sus humildes comienzos (16 atletas compitiendo en tiro con arco), los Juegos de Stoke Mandeville crecieron rápidamente en competidores y representación internacional. Para los Juegos Olímpicos de Roma de 1960, se conocieron como los Juegos Paralímpicos y tuvieron 400 participantes de 23 países. ¡Qué fortaleza manifiestan! Hasta aquí la historia olímpica.

Ahora para una revisión de este.



LAS OLIMPIADAS ANALIZADAS

Los Juegos Olímpicos son una gran idea, más grandiosa de lo que sabían los griegos o los modernos. En resumen, nos señalan la grandeza de Dios.

LAS OLIMPIADAS COMO LECCION

Con su énfasis en el ejercicio físico, los Juegos Olímpicos nos recuerdan que Dios nos hizo tanto con cuerpos como con almas. Mientras los atletas anhelan perfeccionarlos y perfeccionar sus habilidades, los espectadores observan asombrados su impulso combinado con hazañas extraordinarias con peso, velocidad, altura y precisión. Aunque incapaces de igualar a los atletas, los espectadores también están hechos a imagen de nuestro gran Creador.

De ahí su aprecio por la creatividad atlética. La televisión ha ampliado enormemente la fascinación de nuestra carrera por los nuevos récords y los nuevos deportes. Ahora, un evento mundial, los Juegos Olímpicos dan fe de la unidad esencial de nuestra raza. Lo que logra un atleta, lo logramos todos, porque somos de la misma raza. Su récord mundial es el nuestro como raza. El botín de medallas que acumula una nación todos acumulamos.

LAS OLIMPIADAS COMO ANHELO

Irónicamente, fue en Grecia y los atenienses donde el apóstol Pablo aireó la realidad y el propósito de nuestra unidad racial.

[Dios] de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. [Hechos de los Apóstoles 17:26-27].

El llamado a buscar a Dios surgió de nuestro pecado. El pecado explica nuestra falta de armonía racial y mucho más. Las Olimpiadas vacilan en superar esto, sin embargo, nos apuntan a Dios. Note cómo los antiguos, al dedicar los Juegos Olímpicos a Zeus, indicaron su conocimiento de una divinidad más grande que ellos. Sin embargo, concebidos en pecado (Salmo 51:5), suprimiendo al Dios verdadero revelado en la naturaleza (Rom. 1:18-23), pero incapaces de erradicar el conocimiento de Dios que él ha inscrito en nuestras constituciones, inventaron la idea de Zeus. Él era su explicación para los truenos y los relámpagos.

Sin embargo, como una invención humana, Zeus inevitablemente reflejó nuestros defectos, en particular por su matrimonio inestable con Hera y por su infidelidad extramatrimonial con mujeres humanas y divinas.



Para los Juegos Olímpicos modernos, el politeísmo del mundo antiguo había dado paso a la irreligión posterior a la Ilustración en Occidente. Pronto iba a recibir apoyo estatal en tierras comunistas. En el proceso, los atletas se convirtieron en dioses, porque el hombre caído, permaneciendo religioso,

convierte a lo creado en el Creador. El hombre, sin embargo, nunca puede reemplazar a Dios. Los atletas son grandes animadores pero pobres dioses. Se estrellan y se queman. Recuerde al velocista canadiense, Ben Johnson, y sus repetidos delitos relacionados con las drogas. Solo Dios está a la altura de ser Dios.

LAS OLIMPIADAS COMO LUZ

Es debido a la caída del hombre que las Olimpiadas solo pueden ser y siempre "una luz." Su gloria es fugaz y fácilmente ensombrecida. Las Olimpiadas de Múnich (1972), que busca enterrar la memoria de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936



de Hitler, fueron testigos de la matanza de diecisiete en un ataque palestino (OLP) terriblemente manejado contra atletas israelíes. Durante los Juegos Olímpicos de Atlanta de 1996, Eric Rudolph detonó una bomba en el Centennial Olympic Park, matando a un espectador e hiriendo a III. Protestando contra el aborto a pedido, nos recuerda que necesitamos la salvación tanto de la justicia propia como de la injusticia.

Esa salvación viene solo a través de Jesucristo, la luz del mundo (Juan 8:12). Al correr la carrera de las edades, él, como un atleta, miró la cinta final, poniendo su rostro para ir a Jerusalén (Isaías 50:7; Lucas 9:51). Allí, soportaba un peso que ningún levantador de pesas podía sacudir, una carga incomparable de pecado y culpa humanos. Al morir por ello, disparó una flecha a través de Satanás que ningún arquero podría igualar. Su recompensa no fue ni laurel, ni medalla de oro, ni fama temporal, sino una exaltación eterna: *"el autor y perfeccionador de nuestra fe. . . por el gozo que le fue puesto, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza, y está sentado a la diestra del trono de Dios."* (Hebreos 12:2).

LAS OLIMPIADAS COMO UNA VIDA

Aunque es solo por los esfuerzos de Cristo que somos salvos de nuestros pecados, el apóstol Pablo se basó en el atletismo de su época para enseñar a aquellos de nosotros que creemos en Cristo que también tenemos una carrera que correr. Mientras que Cristo corrió para ganarnos nuestra salvación, nosotros nos quedamos sin gratitud por agradecer a Dios y cumplir su voluntad para nuestras vidas.

Ya sea que Pablo tuviera en mente los Juegos Olímpicos o los Juegos Istmicos que se celebran cada dos años cerca de Corinto, vio en el entrenamiento disciplinado de los atletas un sentido de lo que los cristianos necesitan para competir bien. Ya que los atletas se someten a un considerable autocontrol por el bien de un premio perecedero, ¿cuánto, razona Pablo, debemos nosotros por uno que es imperecedero (I Corintios 9:24-27)? No estamos sin rumbo, *"no boxeamos como quien golpea el aire"*, sino resueltos, persiguiendo el premio de Dios. No hacemos trampa, como hizo Nero, sino que competimos según las reglas. Pablo fue sincero, testificando al final de su vida: *"He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe. De ahora en adelante me está guardada la corona de justicia"* (2 Timoteo 2: 5; 4: 7-8a)

LAS OLIMPIADAS REEVALUADAS

Quizás ningún olímpico celebró los Juegos Olímpicos en una perspectiva mejor y más consistente que Eric Liddell (1902–1945). Entendió que, si bien ni Dios ni el cristiano se oponen al uso y cuidado del cuerpo, nuestro interés por el deporte debe situarse en un contexto superior y más amplio. No la de los dioses míticos de los antiguos Juegos Olímpicos, ni la deificación del hombre (como en la tendencia del deporte moderno y posmoderno), sino la del único Dios verdadero revelado en la naturaleza y conocido a través de Jesucristo.

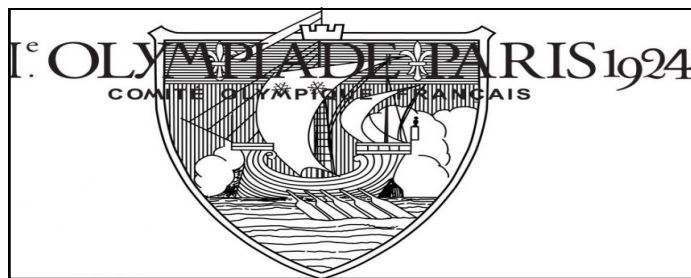
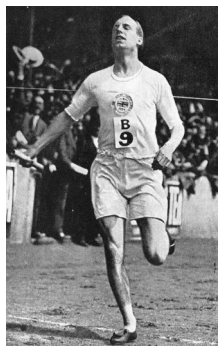
Liddell, entonces, capturó el equilibrio del apóstol Pablo. Por un lado, Pablo reconoció que *“el ejercicio físico beneficia”*, pero agregó que, en última instancia, beneficia *“poco”* (1 Timoteo 4:8). Su intención no era degradar el cuerpo, sino hacer que el bienestar del alma se lo mereciera. Pablo estaba en gran compañía. Jesús había planteado anteriormente la pregunta: *“¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, pero perder su vida [literalmente, su alma]?”* (Mateo 16:26; cf. Marcos 8:36).

EL ESCOCÉS VOLADOR

Nacido en Tsientsin, China, de misioneros congregacionalistas escoceses que operan a través de la Sociedad Misionera de Londres, Eric llegó a la fe en Cristo temprano en su vida. Después de la educación temprana, fue enviado con su hermano mayor Rob fuera del contexto anti-extranjero y anti-cristiano de China a Eltham College cerca de Londres, donde a menudo se educaba a los niños misioneros.

Aunque lejos de sus padres, la devoción de Eric a Cristo se hizo evidente en su carácter y en su visita a los enfermos. Pero también quedó claro que Eric tenía talento en el deporte, ganó la Copa Blackheath como Atleta del Año y fue capitán de los equipos de rugby y cricket de la escuela. Una vez que fue estudiante de Ciencias Puras, representó a la Universidad de Edimburgo en atletismo, estableciendo un récord británico de 9,7 segundos en el sprint de 100 yardas en los Campeonatos AAA. También fue internacional en siete ocasiones con el equipo de rugby escocés, durante las Cinco Naciones (1924 y 1925).

Como corredor más rápido de Escocia, Liddell clasificó para los Juegos Olímpicos de Verano de 1924 en París. Pero al enterarse de que los clasificatorios para el sprint, su mejor evento, eran el domingo, el Día del Señor, comenzó a entrenar para el evento de 440 yardas. Efectivamente, contra los medios y la (alta) presión social, se negó a comprometerse. Al ganar una medalla de bronce en la final de 220 yardas, llegó a la final de su evento más débil, la carrera de 440 yardas. Antes de la carrera, recibió de uno de los masajistas del equipo una hoja de papel doblada: “En el viejo libro dice: *‘Al que me honra, yo honraré’*. [1 Samuel 2:30] Deseándote siempre el mejor de los éxitos.” El resto, como ellos dicen, es



historia. Liddell ganó la carrera, estableciendo un nuevo récord europeo que se mantuvo durante 12 años. Después de los Juegos Olímpicos, Liddell continuó corriendo, permaneciendo campeón escocés, creyendo que el cuerpo del cristiano, así como su alma, deben ser utilizados para la gloria de Dios. “Creo que Dios me hizo con un propósito”, testificó, “pero también me hizo ayunar y cuando corro siento su placer”. Más tarde continuó diciendo, “desde que era un muchacho joven, he tenido mis ojos en un premio diferente. Verás, cada uno de nosotros está en una carrera más grande que cualquier otra que haya corrido en París, y esta carrera termina cuando Dios entrega las medallas.”

EL SANTO MORIBUNDO

La conciencia de Liddell del llamado de Dios lo llevó de regreso a China. Habiendo comenzado a hablar por el Señor mientras estaba en la universidad, ingresó a la capacitación para las misiones en el Scottish Congregationalist College, imaginando un Dios que ama la vida, enseñando inglés y ministrando a los pobres. Sin embargo, la Sociedad Misionera de Londres le asignó el papel de enseñar a los hijos de la élite en el Anglo-Chinese College en la ciudad de su nacimiento.

En 1931–32, Liddell regresó a Escocia para ser ordenado, con el objetivo de predicar formalmente la Palabra de Dios en China y bautizar a nuevos cristianos en la iglesia. Poco después de regresar, se casó con una enfermera canadiense en formación, Florence MacKenzie. Fueron bendecidos con tres hijas.

Cada vez más, las tensiones aumentaron en China a medida que las fuerzas imperiales japonesas invadieron más el país.

Después de Pearl Harbor y la alianza entre Japón y Alemania, el gobierno británico aconsejó a los ciudadanos que se fueran. Flo se fue a Canadá, embarazada de su tercera hija. Para entonces, la sociedad misionera había enviado a Eric a la región de Xiaozhang. Allí sirvió con su hermano Rob en una estación médica, ganándose el respeto de la comunidad, mostrando el amor de Cristo no solo a los chinos sino, para asombro de los lugareños, también a los soldados japoneses.

En 1943, Liddell fue expulsado de Xiaozhang por los japoneses y fue internado con compañeros cristianos de la Misión del interior de China en el campo de internamiento de Weih sien. Allí dio clases de Biblia, ayudó a los ancianos y enseñó ciencias a los niños. Sin embargo, en 1945, murió de un tumor cerebral, agravado por el exceso de trabajo y la desnutrición. Fue enterrado en el jardín detrás de las dependencias de los oficiales japoneses. Según un compañero misionero, sus últimas palabras fueron: “Es una entrega total” Sin embargo, pudo decir con Pablo: *“No corrí en vano”* (Fil. 2:16).

Información Postal:

LAS OLIMPIADAS RECORDADAS

Con gran anticipación, muchos han esperado los Juegos Olímpicos, pero como con cualquier gratificación, pasan rápidamente. Dicho esto, los próximos Juegos Olímpicos, París en 2024, están a solo tres años de distancia.

Mientras tanto, abrazar las lecciones supremas de los Juegos Olímpicos para esta vida y la próxima es mucho más importante que las interminables repeticiones de los aspectos más destacados de Tokio.

Note, primero, que Dios, cuya existencia entendemos, pero reprimimos (Salmo 14:1; 53:1), no solo nos creó como cuerpos y almas, sino que ofrece salvación que redime a ambos. A nosotros, que confesamos nuestros pecados a Dios y confiamos en que Cristo sufrió por nosotros su castigo en la cruz, se nos promete en esta vida la limpieza y renovación de nuestras almas y, al regreso de Jesús, la resurrección y el empoderamiento de nuestros cuerpos.

En segundo lugar, la oferta de salvación de Dios para toda nuestra persona solo puede recibirse abrazando a un Cristo completo. La persona que conoce y siente su necesidad de la gracia de Dios no juzga a Cristo, eligiendo si lo recibe como su Salvador y Señor o simplemente como su Salvador. Más bien, en profunda gratitud por la carrera que ha corrido por nosotros a través del dolor y la vergüenza de la cruz, lo recibimos humildemente y, a través de su mérito y poder de resurrección, corremos una carrera en adoración, santidad y servicio por la gloria de Dios.

En tercer lugar, se deduce que la carrera que corremos no es para nuestra salvación, sino de ella. Así como el atleta se inspira en los padres y tutores que los corrieron durante años durante los entrenamientos y las carreras, y en los patrocinadores que compraron su equipo, el cristiano se inspira a vivir para Dios que, en Cristo, dice la himnista Elvina Hall, "Lo pagué todo".

Cuarto, el cristiano, al igual que el atleta, no solo mira hacia atrás, hacia donde comenzó su carrera, sino hacia el premio. ¡También hay uno para el creyente! Cristo ganó la suya por el mérito de su vida justa y la obediencia de su muerte expiatoria. Recibimos el nuestro a través de la gracia, ¡porque nuestro privilegio de correr y la capacidad de correr bien es todo de Dios!

Dirígete, entonces, a la cruz de Cristo. ¡Ahí es donde comienza tu carrera!



Miles de millones a lo largo de la historia han venido a la cruz de Cristo. Uno de ellos fue el olímpico Louis Zamperini (1917–2014).

Como la película (dirigida por Angelina Jolie) y el libro (escrito por Laura Hillenbrand) revelan que Louis era un niño con problemas que, bajo la influencia de su hermano, encontró una salida en el atletismo.

Uniéndose al equipo de atletismo de la escuela secundaria en Torrance, California, estableció en 1934 el récord nacional inter escolar de la milla (4 minutos 21,2 segundos) y, por lo tanto, se hizo conocido como el "Torrance Tornado". Su récord se mantuvo durante 20 años y le ayudó a ganar un lugar en el equipo olímpico de los Estados Unidos de 1936 con destino a Berlín. Aún joven, terminó octavo en la carrera de 5.000 metros, pero terminó lo suficientemente fuerte como para ganar, a petición de Hitler, un encuentro personal.

Louis tenía la intención de alcanzar su punto máximo en los Juegos Olímpicos de Tokio de 1940. Cancelado debido a la Segunda Guerra Mundial, Louis, sin embargo, llegó a Tokio a través de su papel de volar B-24 en la Guerra del Pacífico. En mayo de 1943, el avión de Louis se hundió.

A pesar de las olas del tamaño de un tifón, los tiburones enojados, los bombarderos en picado japoneses, Louis y uno de los otros dos sobrevivientes duraron un récord de 47 días antes de ser recogidos por los japoneses.

A partir de entonces, pasaron dos años en cruel cautiverio antes de su liberación en septiembre de 1945. Es comprensible que Louis regresara a los Estados Unidos intacto pero traumatizado. Al casarse con Cynthia Applewhite en 1946, los primeros años de su matrimonio fueron sacudidos por pesadillas, ira y embriaguez, hasta que, en 1949, Louis, recordando una promesa hecha a Dios en la balsa, entregó su vida a Cristo. Por la gracia de Dios, la carrera de Luis había comenzado. Por poder divino, perdonó a sus captores y fue liberado de sus pesadillas.

"Solo hay un lugar en la Biblia donde Dios corrió, y fue hacia un hijo prodigo." (J. John)



PRÓXIMO EJEMPLAR: DICIEMBRE 1